



De estas navidades no pasa...

¡Cómo transcurre el tiempo! De nuevo, ¡Navidad! Y eso que, con mi nada ajetreada vida, los días deberían fluir con mayor lentitud de lo que en realidad me ha parecido.

Las pasadas navidades os contaba lo que odiaba esta época por la cantidad de gente nueva que llega a MI casa, por el ruido que arman los "habituales" y porque la paz se esfuma de mi entorno...

Pues queridos todos, simples humanos: ¡Me reafirmo e inicio un plan de acción!

Este año no voy a ocultarme de los amigos humanos "normales", de MIS humanos. ¡Ni mucho menos! (a fin de cuentas, siempre hacen caso de mis bufidos y me dejan en paz si me escondo en uno de mis reductos). Esos simples y "normales" humanos no tienen por qué incomodar mi tranquila vida; al menos llegan en horarios decentes, no se protegen en la oscuridad de la noche, no me dan unos sustos horribles que incitan a mi corazón a salir de mi fornido y elegante pecho.

No, queridos y simples humanos, no me refiero a las visitas "de compromiso", ni a los "amiguetes" y "amigotes", ni a los inevitables familiares... No, ¡ni por asomo! Este año emplearé todos mis recursos para impedir la entrada de los "humanos raros de la Navidad". Me explico:

El primer "humano raro" en hacer acto de presencia es el "gordito risueño vestido de rojo". De este fondón humano, al menos, puedo prever su llegada: Unas campanillas que cuelgan de

los cuellos de unos inmensos animales voladores con antenas en la cabeza preceden su entrada; una entrada inexplicable, por cierto: ¡Ese corchón por el estrecho agujero de la chimenea! Incomprensible.

Me sorprende también que llegue impoluto... Siempre que yo he inspeccionado las zonas próximas a la chimenea y el inicio del tubo, he acabado hasta las vibras de un polvo negro que, de regalo, me provoca compulsivos estornudos por su inhalación... Pues bien, este "globo rojo con patas" cae en el salón immaculado de MI casa, sonriente y emitiendo un continuo y absurdo: ¡JO, JO, JO!

Pero este año no... El gordito no se irá "de rositas". Se cree con todo el derecho a entrar, vaciar su saco (que por cierto, se lo lleva igual de lleno que al entrar, después de dejar múltiples cajas bajo el horrible árbol de bolas y luces) y largarse por el mismo estrecho agujero. Este año, ese absurdo pantaloncito con borlones blancos comprobará la resistencia, la eficacia y la rapidez de mis uñas y dientes.

¡Ya está bien!

Un poco más complicado lo tendré unos días después: Por el mismo agujero, por la misma chimenea, en vez del amigo rechoncho y jacarandoso, entran tres ti-

pos, uno de ellos del mismo color que el hollín de la chimenea, y con unos ropajes que no comprendo cómo les permiten tan ágiles movimientos.

Hacen como el de rojo: depositan cajas brillantes y multicolores desde el fondo de sus sacos al pie del árbol.

Llevo años observándoles y todavía no tengo claro el plan de ataque; al ser tres, lo más adecuado sería un planteamiento intimidatorio: algo así como saltar en medio de ellos mientras profiero mis espectaculares bufidos y gritos... Pero, ¿mordiscos, zarpazos?... Son tres, no debo olvidarlo; a pesar de que sus ropajes pueden hacerles más lentos que mi grácil cuerpo, siguen siendo tres.

Este año creo que me quedaré con el espectáculo intimidatorio y, según reaccionen, plantearé otra estrategia para siguientes años.

Eso sí, el gordito risueño no se libra de deleitarse con mis afilados armamentos.

Queridos y simples humanos: Tened por seguro que las próximas navidades, si alguien entra en MI casa, sin haber sido invitado, sabrá que yo, el gran ZAPI, le estaré esperando. ■

